—¿Y bien?

—Y bien; él se negó, ella se incomodó, mostróse él impertinente, le dije lo que hacía al caso, y no hemos vuelto á verlo; esto sucedió en Krenznoch. Más tarde, en Kissigen, se apalabró la boda con Vermoral; ya no me acuerdo por qué se deshizo esta, pero creo que fué por algo á propósito del equipo; luego Remens; luego Mesentsof, y, por fin, Braccioli; ya le he contado...

—Sí, de este me acuerdo; pero el otro, ¿Mesentsof?...

—Era un mal negocio. Cuando se enteró de que Katia había tenido cuatro prometidos antes que él, se incomodó y tuvimos una escena muy desagradable; pero el mismo día se presentó Braccioli, y todo iba bien... Esta vez, la verdad sea dicha, la culpa fué de Katia. Siempre lamentaré la ruptura con Braccioli. Era un hombre perfectísimo y de excelente posición; nobleza auténtica, hermosa fortuna, buena presencia, guapo rostro, todo lo reunía... No volveré á encontrar otro parecido...

La señora Slavsky suspiró; el coronel hizo lo mismo.

—Pero ¿Katia?...

—Katia está desolada; es enojoso haber estado públicamente prometida y tener que ir luego de paseo sólo con la institutriz... En esos sitios todo se sabe; ya ve usted cómo han exagerado lo del juego. ¿No han inventado que yo había hecho saltar la banca? No hay como París para vivir tranquilamente; pasaré por lo tanto en él algunos meses.

El coronel besó afectuosamente la mano de su bella amiga, en prueba de agradecimiento por aquella buena idea.

—Creo — continuó la señora Slavsky — que debiera decidirme á hacer un sacrificio... Voy á alquilar una habitación amueblada, á tomar una doncella y á ponerme en relaciones con los amigos que tengo aquí. El gasto será considerable, pero estoy persuadida de que el resultado será excelente.

—¿Y dejará usted el hotel? — preguntó Boleslas con acento quejumbroso.

Barba le lanzó una mirada, entre tierna y provocativa.

—Siempre hay modos de encontrarse; irá usted á mi casa; ¿no es al fin y al cabo mi mejor y más antiguo amigo?

—Pero Katia...

—Ya me está usted aburriendo con esa dichosa Katia — exclamó la señora Slavsky malhumorada; — ¡qué diantre, la casaremos! Lo esencial es encontrar un cuarto que nos convenga.

—Josia se lo buscará — dijo el coronel, completamente subyugado y decidido á no hacer más objecciones.

A la hora de comer recibió Josia el encargo de encontrar una habitación amueblada, un segundo, ó á lo sumo un tercer piso, ya en los alrededores del Arco de Triunfo, ya cerca de la nueva Opera, ó en la calle de Rívoli, con vistas á las Tullerías.

—Y sobre todo, Josia — añadió la señora Slavsky, — que no sea caro y que los muebles sean nuevos.

Desde que la suerte cruel lo había uncido al carro de la fortuna del coronel, Josia había hecho muchas cosas; pero no había buscado todavía habitaciones amuebladas. Disponíase á preguntarse en qué se reconoce que una casa dispone de cuartos amueblados, cuando Katia, golpeándole en el brazo con la punta de su sombrilla, le dijo con tono doctoral:

—Y sobre todo, Josia, que tenga una habitación bien bonita para mí, ¿sabe usted?

Ante la idea de buscar una habitación para Catalina, el pobre muchacho, turbado, lleno de entusiasmo, estuvo á punto de empezar sus pesquisas sin comer; afortunadamente entró el mozo con la sopa, y se sentó como los demás; pero durante toda la comida vió desfilar por su cerebro habitaciones de todos los colores, grandes, pequeñas, medianas, azules, blancas, color rosa, lila, cereza, con espejos ó sin ellos, con ven-

tanas grandes y pequeñas, encantadoras todas, y todas dignas de servir de refugio á la adorable Catalina.

Después de la comida, que concluía temprano, propuso la señora Slavsky dar una vuelta por el Palais-Royal. Echáronse los cuatro á pasear por las tranquilas calles, á esa hora en que todo París come, en que los ómnibus sólo salen de diez en diez minutos, y en que los coches se reunen en largas filas en los puntos de parada, mientras los cocheros están en las tabernas.

¡Qué hora tan encantadora! ¡Y pensar que nadie la conoce! ¿Quién puede conocerla, puesto que todo el mundo come? Ni el empleado retrasado que corre presuroso en dirección á su domicilio después de dos horas de trabajo suplementario; ni el ordenanza de servicio que espera aburridamente á la puerta del almacén que sus compañeros hayan concluído de comer para ir él á hacer lo propio; ni el polizonte que, apoyado en un farol, no vigila nada, pues no hay coches y casi no hay peatones.

¡Nadie, no hay nadie! París es del paseante solitario; la sombra va cayendo poco á poco; se ven cambiar los colores de las sedas en esa falsa claridad del día, cuando en el exterior es todavía demasiado claro para encender las luces, y demasiado obscuro en el interior para privarse de ellas; en las joyerías, la luz de la trastienda lanza un rayo luminoso sobre un diamante y hiere un zafiro que tiende un resplandor blanquecino sobre el blanco terciopelo de su estuche; un gran plato redondo semeja un escudo, y los tenedores toman un aspecto de armas peligrosas, mientras allá, en el fondo, un mechero de gas inclina su llama hacia el cristal, sembrando la obscuridad de lentejuelas metálicas.

Los cuatro personajes de esta historia andaban por la calle Vivienne, y Josia, embebecido, con el chal de Katia al brazo, caminaba como en sueños. Había visto vagamente los tapices de Choqueel ó de Broquenié y se había dicho que con ellos se podía arreglar una

linda habitación para Catalina; luego llamó su atención la ramilletera del vestíbulo, y se dirigió hacia allí para comprarle un ramo á la joven. Esta idea feliz le hizo perder á sus compañeros, y se encontró, al salir del pasaje, literalmente deslumbrante de gas, confuso, con el ramo en la mano derecha y el chal sobre el brazo izquierdo, absolutamente en la misma situación moral de un perro que acaba de perder á su amo.

Mientras que su arremangada nariz, extraordinariamente dilatada por un aburrimiento que se convirtió rápidamente en disgusto, parecía olfatear el aire, una mano vigorosa le tocó en el hombro, y una voz bien conocida resonó en su oído:

—¿Qué pasa, amigo mío, hemos perdido á nuestro amo?

Josia se volvió asustado y estremecido. Ratier se echó á reir en sus barbas.

—Eso se ve en seguida; no sea usted simple. ¿Dónde los ha dejado usted?...

—He comprado un ramo, y en ese momento...

—Pues bien, sígame, que no tardaremos en encontrarlos. Aprenda usted de una vez para siempre, señor mío, el modo de encontrar á los rusos que se pierden en el Palais-Royal. Si llueve, están en el café de la Rotonda, fuera, tomando sorbetes. Y si no, véalo usted.

En efecto, después de dar diez pasos por el jardín, encontráronse los dos jóvenes frente á los perdidos que, según la predicción de Ratier, acababan de hacerse servir helados.

El francés se sentó al lado de Catalina, y entabló en seguida con ella una conversación tirada, absurda, cuyo mérito consistía únicamente en hacerla reir á todo trance. Josia, contento de verla alegre, se había distanciado un poco, y la contemplaba silenciosamente sin acordarse del helado que tenía ante sí, y que se había derretido de un modo considerable.

No le causaba celos la asiduidad con que Ratier

dirigía la palabra á la señora de sus pensamientos. Josia podía estar triste, pero no celoso; los celos suponen siempre cierta pretensión á las preferencias del objeto amado, y Josia estaba desprovisto de toda pretensión.

Poco á poco dejó de escuchar la conversación y se perdió en un vago ensueño; el timbre de la voz de Catalina le mecía dulcemente, sin que pudiese discernir sus palabras, y se puso á construir una habitación imaginaria en la que haría alojar á la joven cuando encontrase el cuarto amueblado.

—Vamos, señorita — decía Ratier, — no me hará creer usted que no fué á propósito á jugar á la ruleta para hacer incomodar al marqués Braccioli.

—¿A propósito? — contestó Catalina. — ¿Y por qué había de hacerlo á propósito? ¡Como si no fuese ya bastante interesante el arrogante caballero para que eso valiese la pena de incomodarle!

—¡Cómo! ¿no lo hacía usted enfadar nunca? ¿ni aun para pasar el rato?

—¿Para qué? Eso lo reservaba para cuando estuviese casada.

—Es muy justo — profirió Ratier. — Está usted dotada, señorita, de un talento superior.

El coronel y la señora Slavsky les volvieron casi por completo la espalda, y se habían enfrascado en una conversación muy animada, en lengua polonesa. El joven les dirigió una mirada y vió que se habían olvidado de que ellos existían. Josia viajaba por la región de los sueños... Ratier se dedicó á salir de una duda que hacía tiempo le tenía preocupado.

—¿Era muy fino el marqués? — preguntó astutamente, cogiendo la sombrilla de Catalina para jugar con ella y aparentar distracción.

—¿El marqués? ¡Insoportable!

—Sus opiniones — replicó Ratier riendo — tienen, entre otros méritos, el de ser breves.

Catalina se encogió de hombros.

—Un pedante — dijo desdeñosamente, — un hombre

que pretendía aborrecer el juego y no hacer caso de los jugadores. ¡Dígame usted si eso es posible! Lo decía por darse cierta importancia. ¿Puede haber alguien á quien no le guste el juego? ¡Es tan natural!

Ratier admiró, al oirla, la fuerza del instinto. Catalina esperaba su respuesta, y como no la obtenía, añadió con cierto malhumor:

—¿Es que también usted es de los que aborrecen el juego? En ese caso, peleemos de una vez y así acabaremos más pronto.

—Lo sentiría con toda mi alma. Pero, además, usted sabe muy bien que yo juego con tanto gusto como pueda jugar otro cualquiera.

—Excepto mamá — interrumpió vivamente Katia. — Yo creo que jugaría durmiendo; por lo menos tengo la convicción de que mientras duerme sueña con el juego.

—Katia, estás diciendo tonterías — dijo en su lengua materna la señora Slavsky. Por casualidad había escuchado. — Ten cuidado con lo que dices.

La interrogación dió por resultado inclinar á la joven á desobedecer un poco más; acercó su silla á la de Ratier y habló en voz más baja. Ratier hizo lo propio.

—¿De modo que no ha sentido usted el rompimiento con ese marqués italiano? — dijo. — De todos aquellos con los que ha estado usted á punto de casarse, ¿no ha sentido hasta ahora á ninguno?

La pregunta era atrevida, y Ratier merecía una respuesta algo dura; pero en vez del sofión que esperaba recibir, oyó contestar en voz baja, después de alguna vacilación:

—No.

¿Por qué Eugenio Ratier sintióse instantáneamente alegre como un pájaro? ¿Por qué Katia se puso encarnada como una cereza? En la Sorbona no se enseña el por qué de esas cosas; ¡sería, no obstante, tan inútil!

—¿De modo — repuso el joven — que todos sus pro-

metidos le han desagradado?

—Nunca he estado más contenta que el día que se me deshacía una boda, excepto el último, porque era muy animal; me había hecho perder de un golpe, en el preciso momento en que acababa de ganar, mil quinientos francos.

—¿Han tenido todos ellos la desgracia de disgustarla? — insistió Ratier, haciendo grandes círculos en la arena con la punta de la sombrilla.

—Eran unos imbéciles — respondió francamente Katia.

—Pero entonces — volvió á decir Ratier, mirándola seriamente con sus ojos de ordinario sonrientes, — ¿por qué los aceptó usted?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué?

La joven permaneció un momento silenciosa; luego miró hacia el sitio en que estaba su madre; esta vez la señora Slavsky pensaba en cosa muy distinta de su hija; procuraba hacer entrar una idea en el cerebro del coronel, y Dios sabe que no era tarea muy fácil.

No hay palabra que exprese con fidelidad la mirada de desprecio, de compasión, de disgusto, de vergüenza, que aquella joven lanzó sobre la pareja que la tenía aislada. Había mostrado vacilaciones para hablar; la grotesca silueta que formaban el coronel y los gestos de la señora Slavsky sobre el fondo luminoso de las galerías, la decidió á dar rienda suelta á la amargura largo tiempo contenida.

—Porque es preciso que me case — dijo en voz baja, casi entre dientes, — porque les estorbo, porque se siente tener que llevarme á todos los sitios de aguas de Europa, y muy pronto me conocerían en todas partes como una muestra ya pasada de moda de joven casadera... porque mi padre no se ocupa de mí, y mi madre... Devuélvame usted mi sombrilla, señor Ratier, va usted á romperla...

Josia, siempre soñando, miraba las estrellas, aspiraba el perfume de su ramo, colocado en la mesa, á

corta distancia, y construía con las minas de oro de su nueva empresa, una mansión de hadas para Catalina.

—¡Pobrecilla! ¡pobrecilla! — dijo muy bajo Ratier.

—¿Cómo? — preguntó con altivez Catalina.

—Hablo de su sombrilla, señorita, aunque no peligra en mis manos. ¿De modo que, personalmente, no siente usted inclinación al matrimonio?

—¿Y por qué sentirla? ¡Cambiar de cadena! No es muy digna de envidia la perspectiva. Verdad es que queda todavía el convento... No, el convento no, soy muy joven todavía.

Pasóse una mano por los ojos, como para ahuyentar una idea dolorosa.

—¿Y qué piensa usted hacer? — preguntó Ratier con un tono demasiado indiferente para no ser ficticio.

—¿Yo? ¡Lo que quieran hacer de mí! ¿Puedo acaso yo hacer algo? Tres años hace que me conoce usted, señor Ratier; parezco libre como un pájaro, y en realidad no hago nada de lo que me gusta. Aguardo, espero que me encuentren un marido no muy desagradable y que sea muy rico.

—¡Ah! ¿es necesario que sea muy rico?

—Absolutamente necesario. ¿Qué puede hacerse en la vida si no se es muy rico? ¿No ha sido siempre por el dinero por el que hemos tenido disgustos? Debemos en todas partes, señor Ratier; debemos en el hotel en todas las ciudades, en Roma, en Nápoles, en Ischia, en Bellagio, en Interlaken, en Spa, en Kissingen, en Trouville... Le debemos á nuestra modista en París, al joyero que hizo las joyas para mi último matrimonio deshecho, á la planchadora, al general Tomine, á la señora Satsf, á la señorita Masseline, al señor Ressitsky, á... no sé á quién más, ¿tal vez á usted?

—No, señorita, á mí no — contestó Ratier inclinándose, — y lo siento.

—¿Por qué?

—Porque así tendría algún derecho á su reconocimiento, y me sería muy dulce...

—Habla usted como en las novelas — interrumpió

Katia. — Mamá tal vez le estaría agradecida, y aun así y todo, no lo creo; pero yo le odiaría. Odio á todas las personas á quienes les restamos. Sí, las odio. ¿Le extraña á usted?

—Confieso que... En fin, la culpa no es de ellos.

—Sí, sí es de ellos. Prestan sabiendo que no se les devolverá lo que prestan, y por eso los desprecio. Se hacen pagar con atenciones, con comidas que nos cuestan los ojos de la cara, y por las cuales mamá se entrampa en el hotel; los hombres son muy finos conmigo, demasiado finos, y yo, que siento ganas de contestarles con impertinencias, debo sonreirme y tomarlo todo á broma, cuando quisiera escupirles á la cara.

—Todo cambiará — dijo Ratier, con la misma afabilidad con que se le habla á un niño enfermo. — ¿Se casará usted?

—Me casaré con un imbécil que me tomará por mi cara. ¿Y cree usted que sería feliz?

—Puede usted encontrar un hombre de bien al que querrá...

—Un hombre de bien no se casará conmigo; yo no querré á mi marido, porque le despreciaré.

—No veo que merezca un desprecio que haya quien la encuentre á usted encantadora.

—Si un hombre de bien se casara conmigo — murmuró Katia entre dientes, — me llevaría al fin del mundo para no volver jamás.

—¿Y bien?

—Y bien, que esa sería una existencia abominable. Me gusta la sociedad, las fiestas, el juego, los puntos de aguas, el teatro, París, ¡oh, sobre todo París!

—¡El teatro! — exclamó Ratier en voz tan alta, que Josia se sobresaltó y el coronel, turbado, tardó cinco minutos en reanudar el hilo tan frecuentemente roto de sus razonamientos. — ¡El teatro! ¿Por qué no abraza usted la carrera del teatro? ¡Canta usted muy bien!

—Muy bien para una señorita soltera, lo cual quiere

decir bastante mal. Además, mi madre jamás lo consentiría.

—¿Le ha hablado usted de ello?

—¿De qué no le habré hablado ya? ¡Le he hablado hasta del convento!

—¿Y no lo quiere?

—No le disgustaría; pero me siento con tan poca vocación, ¡tan poca, tan poca!

La señora Slavsky se había levantado; el coronel había hecho lo mismo; Josia, llamado á la realidad, apartó las sillas del camino de las damas, y las abrió paso.

—Buenas noches, Ratier — dijo el coronel, tendiendo noblemente la mano al joven.

—Buenas noches — dijo dulcemente Katia.

La mano que cayó á la inglesa en la de Ratier, estaba calenturienta é inquieta. El la estrechó como la de su compañero y dejó que se alejasen las tres personas.

—¡Pobrecilla! — murmuró; — ¡pobrecilla! ¡Toma! ¡se ha olvidado el ramo! ¡Pobre Josia! Este mundo está lleno de personas que merecen compasión.

No era tarde; Ratier tenía todavía cincuenta sitios á donde ir para acabar de pasar la noche; pero después de dar una vuelta por los bulevares se sintió tan poco ganoso de compañía, que se fué á su casa y se dispuso á meterse en cama cerca de las once, cosa que tal vez no le había sucedido desde su salida del colegio.

Mientras iba y venía por su habitación se detuvo ante el mueblecillo que guardaba su fortuna, lo abrió y se sumió en la más escrupulosa adición de su contenido.

—¡Que haya habido tanto y que quede tan poco! — se dijo. — Es igual, mañana iré á casa de Pignoti á ver. Cuando se tiene un diamante, es bueno hacerlo valuar de cuando en cuando, aunque sólo sea para conocer el precio á que se cotizan.

Al día siguiente, á eso de las dos de la tarde, salió Ratier de casa de Pignoti con el sombrero ligeramente

ladeado sobre la oreja y erguida la cabeza, y echó á andar golpeando el asfalto con el bastón. Tenía un aspecto tan conquistador, tan de vencedor, tan soberbio y alegre el semblante bajo el hermoso sol de abril, que más de una mujer se volvió para mirarle, no sin pensar melancólicamente en el amante ó en el marido que el destino le había deparado.

—¡Qué aspecto tiene tan feliz! — pensaban; — para que sea tan dichoso debe ser encantador.

Antes de que el tiempo le pareciese largo, anduvo Ratier durante cerca de una hora en todas direcciones. Cuando uno tiene muchas cosas que decirse á sí mismo, no se aburre; y Ratier tenía que notificarse una enorme cantidad de noticias importantes.

Dándose finalmente cuenta de que avanzaba la tarde, desanduvo parte de lo andado y se dirigió hacia el hotel de Bade.

—¿Han salido las señoras de Slavsky? — preguntó en el despacho.

—Acaban de entrar — le contestaron.

—Si fuesen á salir, dígales usted que un caballero ha venido á darles una noticia muy importante, y que les ruega que no salgan del hotel antes de que haya vuelto.

La joven que estaba en el despacho, pensó que se trataba de un engaño; no era aquel el primero tratándose de Raquel, é hizo una señal de asentimiento, no sin sonreir. El joven advirtió la sonrisa y salió apresuradamente.

Ir al bulevar de los Capuchinos, hacer enganchar un magnífico landó y volver, fué cosa de treinta y cinco minutos. Un poco antes de las cuatro detuvo el landó ante el hotel, y Ratier saltó á la acera.

—¿Están las señoras? — preguntó.

—Esperan en el salón.

Ratier subió apresuradamente la escalera, penetró en la habitación del coronel, lo encontró amodorrado en un sofá, le puso un abrigo, no sin esfuerzos, pero casi sin despertarlo, le colocó el sombrero en la cabeza, y en un minuto lo echó fuera.

—¿Qué quiere usted? — balbuceó Boleslas, arrancado á su siesta y casi tan alelado como un buho en pleno día.

—Negocios importantes — respondióle el joven, haciéndole seguir.

De este modo llegaron á la puerta del salón.

—Baje usted y espéreme fuera; no se aleje — dijo misteriosamente Ratier.

El coronel obedeció maquinalmente. Ratier se aseguró de que bajaba, y se presentó en la puerta del salón.

—¡Qué pesadez! — murmuró la señora Slavsky al verlo.

Katia, por el contrario, sonrió, y su rostro tomó una expresión de alegría.

—He venido, señoras, á presentar á ustedes mis respetos.

—Lo siento vivamente, caballero — contestó Barba con la más melosa de las sonrisas; — esperamos á una persona que ha de participarnos una noticia de importancia.

—Lo sé — dijo Ratier con exquisita cortesía; — vengo de su parte.

Los ojos de la señora Slavsky se abrieron desmesuradamente, y el rostro de Katia se nubló.

—Tengan ustedes la bondad de bajar — dijo solemnemente el mixtificador.

Las dos mujeres se encontraron muy pronto en la acera.

—Y ahora, señores — añadió Ratier abriendo la portezuela del landó descubierto, — tengan ustedes la bondad de subir. En marcha, coronel, no tenemos tiempo que perder.

Las señoras, estupefactas, sobre todo de encontrar allí á Boleslas, se sentaron en el fondo; el coronel y Ratier lo hicieron en la banqueta, y el cochero, que había recibido anticipadamente órdenes, fustigó los caballos, que partieron al trote largo.

—¿Adónde nos lleva usted, señor Ratier? — preguntó la señora Slavsky, sin poder reprimir su curiosidad.

—Al bosque de Bolonia, señora.

—Pero esa persona que debía ir á vernos...

—¡Era yo! — dijo Ratier con una nobleza teatral, que asombró á la misma señora Slavsky.

—¿Y la noticia?

—Es esta: hace un tiempo muy hermoso, hoy es sábado, el bosque está lleno de cortejos nupciales, y sería lástima perder ese espectáculo.

La señora Slavsky sintió deseos de mostrarse incomodada, aunque sólo fuese por el buen parecer.

—En verdad, señor mío, que esa broma...

—Es superior á mis fuerzas; cuando me da el *acceso* me es imposible comprimirme; y si no, que lo diga el coronel.

El coronel asintió con un gesto. La señora Slavsky optó por echarse á reir. Hacía un momento que su hija sonreía, tapándose con la sombrilla.

—¿No habría sido mejor solicitar primero nuestro consentimiento para este paseo? — preguntó la señora Slavsky, aunque sin aspereza.

—Se me ocurrió, señora; pero habría usted podido negarse á ello, lo cual me hubiera desesperado; obrando con astucia, estaba seguro del buen éxito.

El coche rodaba por la avenida de los Campos Elíseos; el sol brillaba á través del fresco verdor de los árboles; los niños paseaban llevados de la mano por sus indolentes niñeras; todo respiraba frescura y vida.

El lago, brillante, deslumbrador, apareció cubierto de botecillos y de tragones cisnes; luego internóse el coche en las pobladas avenidas. Katia, algo lánguida, un poco cansada por la vida de sociedad que había llevado durante todo el invierno, respiraba el aire con fruición; aquella hora de imprevisto encanto parecíale un oasis en su vida agitada y azarosa. Miraba á derecha é izquierda, evitando, sin darse cuenta de

ello, las miradas de Ratier, que la contemplaba con frecuencia á hurtadillas y gozaba del encanto de vivir.

—¡Una boda! — exclamó; — ¡ah, qué extraños van!

En efecto, por el sendero que bordeaba la avenida, iba una boda; los recién casados iban al frente caminando gravemente, como personas que cumplen una función social. La desposada, á la que veían de espaldas, llevaba un vestido de muselina blanca, arrugado y perdida su blancura por la ceremonia y el almuerzo; pero con su ramo de azahares en la cabeza y prendido el velo en los hombros en forma de escarapela, se paseaba orgullosa.

—Sólo con verla adivino que está rebosando alegría — dijo Ratier señalándola. — Debe ser una doncella ó una cocinera que se ha casado con un mozo del hotel; se establecerán por su cuenta, quebrarán y volverán á reanudar su oficio, en virtud de lo cual robarán indignamente á sus amos, y se quejarán durante toda su vida de que su adhesión á sus señores les ha hecho perder dinero.

En aquel momento pasaron por delante de la boda, y los cuatro lanzaron una exclamación de sorpresa: la recién casada era una negra, tan negra como el ébano.

—¿No se lo decía yo á ustedes?—exclamó Ratier;— ¡qué bien sienta el blanco sobre el negro y el negro sobre el blanco! La ley de los contrastes, los extremos opuestos bien combinados, toda la pintura está en ese cuadro, sin contar el arte más noble de la fotografía.

Poco después alcanzaron otra boda; en esta no reinaba tanta unión. Evidentemente, las familias de los novios habían renunciado á ponerse de acuerdo; los héroes de la fiesta iban delante, pomposos y aburridos, el uno tirando hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, y dándose el brazo lo menos posible.

—Las dos suegras han tenido ya ocasión de pelearse — dijo Ratier, siempre filósofo, — y la madre de la

novia le ha dicho á su hija: «¡Pobre hija mía! ¡serás muy desgraciada! ¡Ah, si yo hubiese sabido de qué familia ibas á formar parte!» La madre del marido no le perdonará jamás á la madre de la esposa esas palabras, porque la mujer es la que ha aportado el dinero; él no ha llevado otra cosa que sus grandes bigotazos y la nariz griega.

La señora Slavsky se encogió de hombros, con una sonrisa que significaba muchas cosas.

—En este momento soy un huésped, y por consiguiente, no quiero desagradarle — decía aquella sonrisa; — pero amigo mío, con todo su ingenio, es usted muy vulgar y tiene además un modo de ver las cosas demasiado cínico. Esas cosas pueden suceder, pero no se debe hablar de ellas — por lo menos en nuestra sociedad, — y eso es lo que separará siempre á una mujer de la mejor nobleza polonesa, de un francesillo burgués, venido no se sabe de dónde, y admitido, por condescendencia, en nuestra sociedad; por condescendencia, y además, porque ha prestado algunos servicios al coronel.

—Cuando se case usted, señor Ratier — dijo en voz alta la señora Slavsky siguiendo el hilo de sus ideas, que Ratier había seguido tan bien como ella mirándola, — ¿vendrá usted también al bosque de Bolonia?

—¡Indudablemente que sí, señora! Yo no soy más que un burgués, y seguiré la costumbre de mis antepasados, que me legaron su fortuna y los medios de labrarme otra cuando me haya comido la primera — lo cual no tardará en suceder, puede usted tener la más completa seguridad de ello. — Vendré al bosque de Bolonia con toda mi familia — la mía no es numerosa ¡vive Dios!, hasta creo que no la tengo, salvo algunos primos cuyo apellido y dirección ignoro; — pero vendré con todos mis amigos y los de mi futura esposa, y hasta con sus parientes más lejanos. Ya verá usted; tengo una idea... que creo que hará que se hable de mí.

—¿Piensa usted, pues, en casarse? — preguntó la

señora Slavsky, comprendiendo que era necesario sostener un poco de conversación con aquel joven que pagaba el coche.

—¡Toma! ¡pues ya lo creo! ¡más bien dos veces que una! Es decir, si tuviese la desgracia de quedarme viudo.

—¿Tiene usted el modo de hacer una segunda fortuna? — preguntó el coronel, que sólo había cogido esta palabra del verboso discurso de Ratier.

—Sí, querido coronel.

—¿No sería posible hacerla por acciones? Ya sabe usted que yo soy hombre de negocios, que sé acometer una empresa, y mi concurso...

—Desgraciadamente, mi querido amigo — replicó Ratier, — el medio á que hacía alusión no puede llevarse á cabo por acciones y no tiene efecto más que para mí sólo; lo siento; esté usted persuadido de que si no... aunque tuviese que redactar otros prospectos como los de los *Aurochs*...

El coronel suspiró; la señora Slavsky frunció el entrecejo. No le gustaba oir hablar de los *Aurochs*. Katia hizo contra su voluntad un ligero movimiento para advertir á Ratier que se aventuraba por un terreno resbaladizo; él lo adivinó sin verla y, agradecido, sintió agolpársele al corazón una oleada de sangre.

—¿Y esa boda, señor Ratier? — dijo Katia, para desviar la conversación.

Los recién casados iban á su encuentro; debían haber andado muy deprisa, porque los invitados les seguían á distancia, sofocados. Los novios andaban sin mirar el camino; la joven, con la cabeza inclinada, sonrosada y sonriente, escuchaba las palabras de su marido, y á veces le dirigía una mirada furtiva, que desviaba si se encontraba con la de su esposo. Este tenía aprisionada en la suya la mano enguantada de blanco que descansaba sobre su brazo, y hablaba bajo, muy bajo, aunque ella le oía perfectamente y no perdía ni una sílaba.

—De esos — dijo Ratier, mirándoles con simpatía y

dulzura, — de esos no tengo nada que decir; se aman.

Katia se ruborizó é interpuso entre ella y el joven su sombrilla.

—Dios le dé buena suerte y larga vida á ese feliz matrimonio — continuó Ratier; — esos tipos caricaturescos que los siguen procurarán indisponer al marido con la mujer, diciendo que ella es coqueta, y á ella contra el marido alegando que es derrochador. Pero cuando uno y otro se encuentren solos en su alcoba, se olvidarán de que esos tipos existen, y serán felices; se aman.

—¡Qué horribles sombreros se llevan este año! — observó la señora Slavsky.

Katia, contra su costumbre, no respondió nada.

El landó se detuvo, como era justo y natural, delante del restaurant de la Cascada. Había allí tantas bodas de todas clases, que los horóscopos de Ratier no encontraron en quien fijarse. Después de haber tomado un tente en pie, dirigiéronse los paseantes hacia el lago.

Llegó la hora del desfile y los carruajes de todas clases se cruzaban en doble hilera; la señora Slavsky los interrogaba á todos con la vista, ¿por qué no se encontraba allí el marido deseado para Katia, como podía encontrarse en otra parte? Los designios de la Providencia son impenetrables; por eso hay que esforzarse, cuando llega la ocasión, en levantar el velo que los cubre.

La señora Slavsky miraba, como decimos, todos los carruajes. Apenas fueron hombres los que vió: rubios, morenos, calvos, gordos, flacos, asmáticos, tísicos, condecorados y sin condecorar, gastados por la vida y gastados por la necesidad de dinero; estos tenían mejor figura y llevaban mejores caballos que los otros.

¿Cómo distinguir los célibes de los viudos y estos de los casados?

Pase todavía por estos; en primer lugar, porque se pasean á veces con sus mujeres, si bien, en cambio, muchos de los que se pasean con sus mujeres no están

casados... ó lo están con otras que las que los acompañan.

La señora Slavsky se dijo *in petto* que las leyes deberían obligar á las personas casadas á llevar una pluma en el sombrero, ó alguna otra insignia que permitiese reconocerles; luego otra reflexión le demostró que sería una medida muy rigurosa y que más valía atenerse al estado de cosas presente, por desagradable que fuese para las madres que tenían hijas casaderas.

Ratier, apoyado en el respaldo de su asiento, lo contemplaba todo con ojos de filósofo, y en aquel momento, de filósofo dichoso. Apenas si de vez en cuando una palabra de la señora Slavsky provocaba una observación incisiva de su parte; sentíase henchido de satisfacción, y, como acababa de decir, «demasiado feliz para morder». Aquel hermoso cielo, aquel tierno verdor, la satisfacción de haber podido poner en práctica su capricho, tal vez alguna otra voluptuosidad secreta adormecida en el fondo de su corazón, todo le daba el aspecto apacible y satisfecho de un hombre para el que la vida no tiene sinsabores.

—Mira, Catalina, mira ese singular carruaje que viene hacia nosotros.

Ratier, curioso como una hija de Eva, se volvió con viveza y miró al carruaje.

Era una especie de caja de mimbre pintada de negro, montada sobre dos anchas ruedas, y tirada por un caballo negro, bastote, aunque no muy feo, y con una banqueta al centro, para dos personas. Parecía una cesta de madera á la que le hubiesen quitado el asa. Ratier la examinó con atención.

—¡Pero eso no es coche! — exclamó; — ¡eso es un canasto! Han hecho mal en quitarle la tapa. ¿Quién diablos puede ser el amo de ese objeto?

El que ocupaba aquel extraño vehículo no ofrecía nada de particular al examen de Ratier. Este, cambiando de idea con su ordinaria movilidad, alzó los ojos hacia un inmenso *dogocart* que se elevaba por

encima del canasto, y fijó su asombrada mirada en el conductor de dos grandes caballos altísimos y adornados con cintas color cereza.

—¡Remisof! — exclamó. — ¡Remisof que pasea al *groom* de Tatterroll! ¡Y luego lo acusarán de tener gustos antidemocráticos! ¡Qué injusticia! Voy á dirigirle un cumplido.

Quitándose el sombrero y levantándolo por encima de su cabeza, muy recto, con toda la longitud de su brazo, lo cual era el colmo de la finura, miró fijamente al joven ruso. Este, ocupado hasta entonces en sortear el negro cesto que le cerraba el camino y le obligaba á ir al paso, alzó los ojos hacia aquel gesto tan noble, y, ¡cosa extraordinaria! al ver el landó, su cejijunto rostro tomó repentinamente un aspecto sonriente; hasta hizo un movimiento para detenerse; pero era imposible; el desfile, por un momento interrumpido, se había reanudado, y el sitio no era á propósito para dar la vuelta. Tuvo, pues, que contentarse con saludar y sonreir.

—Vaya — dijo Ratier, — ¡y yo que pensaba humillarlo! ¡Ha sonreído! ¡Y cuidado que las sonrisas de Remisof son bien escasas! Así á lo menos he de suponerlo, según las economiza.

—Es un joven muy digno — dijo la señora Slavsky; — el coronel me ha contado que le había hecho un gran favor...

—Porque no pudo hacer otra cosa; lo conozco, créame usted. Aparte de eso, es muy buen muchacho.

—Es muy rico, ¿verdad?

—¡Inmensamente! No tiene más que veinticuatro años, y es uno de los mejores partidos que conozco.

La señora Slavsky, al ver adivinado su pensamiento, se puso encarnada de cólera; Katia, por el contrario, lanzó á Ratier una mirada de maliciosa satisfacción. El coronel, tomando parte en la conversación con la oportunidad que le era peculiar, habló largamente de los méritos financieros de Remisof.

Mientras hablaba, con el estilo crudo de las personas libres, había dejado el landó la fila de carruajes para volver á París; en el momento que llegaba á la puerta del bosque, un gran pataleo de caballos que sonó detrás de ellos les llamó la atención; viéronse envueltos en una nube de polvo, y el landó de Remisof fué á colocarse á su lado, á riesgo de hacerlos volcar.

—Quería presentar mis respetos á estas damas — dijo Remisof desde lo alto de su asiento; — siempre es una satisfacción encontrarse con compatriotas; generalmente... Quisiera, mi querido coronel, conseguir el permiso necesario para visitar á la señora Slavsky, aunque el momento de elegir mi presentación no es el más á propósito; ¿querrá usted?...

La ocasión no era oportuna, porque los caballos salpicaban con la espuma de sus frenos el abrigo gris claro de Ratier, cubierto ya de polvo; pero el coronel, que estaba al lado opuesto á los animales, *quiso*, y la señora Slavsky accedió á la demanda con toda la gracia de una mujer que busca un marido y cree haberlo encontrado.

Obtenido el permiso, Remisof aflojó las riendas de sus caballos y volvió al bosque á deslumbrar á otros paseantes, mientras el landó se dirigía hacia el arco de la Estrella.

—¿Y Josia? — preguntó de pronto Ratier, cuya alegría se había disipado, mientras secaba con el pañuelo su mojado paletó.

—Josia nos está buscando un cuarto — respondió la señora Slavsky; — antes de acabar la semana habremos dejado esa molesta vida de hotel...

—Por la de los cuartos amueblados — concluyó Ratier. — ¡Oh! no es lo mismo una cosa que otra; son los mismos inconvenientes con la menor cantidad posible de ventajas; hace usted muy bien, señora, perfectamente bien. ¿Seré admitido yo, que tengo el honor de conocer á ustedes desde hace mucho más tiempo que Remisof, y que he tenido también el placer, dicho sea sin ánimo de molestar, de prestar algunos servi-

cios al coronel — ¿verdad, amigo mío? — podré presentar á ustedes mis respetos en su nuevo domicilio?

Catalina reía con disimulo, y su madre, cogida de improviso en forma que no podía escapar, accedió de mala gana á la petición del joven.

—¡Ah, no te gusta! — se dijo Ratier; — pues bien, mejor. Iba á invitarte á comer á ti y á tu coronel — Katia no come, vive de chocolate, — y me tratas como á un perro después que te he paseado, lo cual me cuesta, entre unas cosas y otras, cuarenta y cinco francos. Bueno, pues no te invitaré; págate tú la comida.

El landó dejó á los tres poloneses en la acera del bulevar; la señora Slavsky comprendía que debía invitar á comer á Ratier, y no tenía ganas de hacerlo; el coronel lo invitó en su propio nombre, pero el joven no aceptó.

—Lo siento mucho — dijo, — he dispuesto ya de la noche. Uno de estos días tendré el gusto de ir á enterarme de su nuevo domicilio, y tendré el honor de visitarlos en él para ofrecerles mis respetos.

Se inclinó, volvió á subir al landó, y desapareció.

—Quisiera saber adónde va — se dijo Katia, mientras se arreglaba para sentarse á la mesa. Al cabo de un momento añadió, hablando siempre consigo misma: — ¿Y qué me importa á mí? Me debería avergonzar por ocuparme de ese joven. Verdaderamente no sé donde tengo la cabeza.

Derramó con tal motivo algunas lágrimas, lavóse luego los ojos con agua fresca y se los secó con un pañuelo, después de haber soplado bien en él. No sé por qué las señoritas rusas se figuran que ese procedimiento hace desaparecer inmediatamente la irritación de los ojos que han llorado.

—Soy una tonta — se dijo, — y es preciso que mis nervios estén muy excitados para sentirme tan pronto alegre como triste, sin motivo alguno. Creo que me muestro demasiado familiar con ese joven, que llegaría á formar mala opinión de mí; es preciso que cambie de conducta.

Bajó para comer, llegó la última, se hizo reñir por su falta de puntualidad, y se enteró de que Josia había encontrado un piso en la calle Miromesnil, al que se trasladarían al día siguiente.

Ratier, entretanto, había ido á comer su *bisque aux ecrevisses;* sorprendido de encontrarla menos buena que de ordinario, había reñido al mozo y se había quejado al cocinero; pero como los demás platos de la comida sufrieron la misma suerte, acabó por decirse que quizá la falta no era del cocinero, y lo mandó á felicitar por el asado, á cuya felicitación contestó muy agradecido aquél, que «el señor Ratier era un hombre muy fino, y que por lo menos sabía apreciar lo que comía». ¡Había además gastado el joven tanto dinero en aquella casa!

Después de una buena comida, sazonada con un café superior y con una copita de *chartreuse* verde, levantóse Ratier, encendió un cigarro, tomó el camino de la calle de Rívoli, y, matando el tiempo, dirigióse á casa de Remisof.

Este interesante personaje acababa también de comer; algo cansado de sus proezas del día, bostezaba dulcemente, mirando de vez en cuando su reloj; pero no se le ocurrió ir á pasear su aburrimiento por las Tullerías hasta la hora de abrirse Variedades, donde había proyectado ir á acabar la noche. Prefería el corredor del hotel alumbrado por el gas, y del que la más perfecta ventilación no lograba disipar el olor de los manjares.

Al ver á Ratiel hizo una mueca, y le tendió con flojedad la mano.

—¿Tal vez cree usted que vengo á pedirle dinero prestado? — díjole á quemarropa el francés; — tranquilícese usted; es todo lo contrario. Me enteré el otro día de que andaba usted un tanto apurado, y he venido á preguntarle si uno ó dos billetes de mil francos podrían sacarle del apuro.

—Gracias — dijo Remisof, agradablemente sorprendido; — esta mañana he recibido fondos.